Digitized by the Internet Archive
in 2014

https://archive.org/details/cenizasdramaentr00vall

CENIZAS

,S
V1825ce

CENIZAS

drama en tres actos de RAMÓN DEL VALLE-INCLAN

186250
7.1.24

MADRID 1899 ADMINISTRACIÓN
Bernardo Rodríguez Palma alta, 55.

PERSONAJES

OCTAVIA
SABEL
DOÑA SOLEDAD
LA NIÑA
MARÍA ANTONIA

PEDRO
PADRE ROJAS
EL DOCTOR
DON JUAN MANUEL

ACTO PRIMERO

ACTO PRIMERO

Es una estancia plácida y perfumada. Un nido de seda y encaje. Cierran todo el fondo las grandes cortinas de la alcoba. Hay una puerta á la dereeha y otra á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

El Doctor y Sabel.

DOCTOR

No hay que apurarse. Volveré luego. Tengo otro enfermo en la casa. Vamos á ver; ¿cómo ha pasado la noche esa señora?

SABEL

Ya le digo, la noche muy mal.

DOCTOR

Es preciso evitarle las impresiones en cuanto sea posible. ¿Ha sido ella quien pidió que la confesasen ó fué cosa de ustedes?... ¡La verdad! ¡La verdad!

SABEL

Fué ella, ella solamente. Serían así sobre las tres de la mañana cuando me llamó el señorito.—¡Sabel! Sabel!—Mande usted, señorito.—No sé qué te quiere Octavia. La señorita me hizo seña para que me acercase. Me acerco, y voy y le digo, de esta misma manera:—¿No se encuentra mejor, señorita? ¿Deseaba alguna cosa? Entonces me cogió la mano, y me dijo, dice:—¡Ay, Sabel de mi alma, yo me muero, habrá que avisar al Padre Rojas! Antes del escandalazo se confesaba

con ese señor, y era de la Asociación de Socorristas y qué sé yo cuantas cosas: después, la pobre tuvo que dejarlo.

DOCTOR

¿Pero, á todo esto, tu señorito qué hacía? ¿Por qué no se opuso?

SABEL

El señorito parecía una sombra. Se le ahorcaba con un cabello.

DOCTOR

¿Pero qué motivo había para tanta alarma?

SABEL

Yo no se lo sabré decir á usted. Puede ser que no hubiese ninguno. La señorita me pidió el rosario, y me dijo, dice: —Si Dios Nuestro Señor hiciese que pudiera ver á mi hijita antes de morirme... Se quedó suspensa porque se acercaba el señorito, y no habla de esas cosas delante de él.

DOCTOR

¿La niña estará en algún colegio?

SABEL

No señor... Está con la otra familia. ¡Cuantísimas lágrimas le ha costado á la señorita! Pero dicen que son cosas de la ley. *(Transición.)* Me parece que ya terminan. ¡Haga el favor! *(Prestan atención. Silencio profundo.)*

DOCTOR

Aún debe haber para rato.

SABEL

No deje de volver, Don José. Tiene usted que sermonearle al señorito Pedro, que no anda nada bueno. Va para tres semanas que no se acuesta, velando á la señorita.

DOCTOR

Pues tampoco está para valentías.

SABEL

Dispense una palabra, señor Don José. ¿Por qué no le mete usted bien de miedo? ¿Por qué no le dice de esta misma manera?: «—Amigo, cuasimente se está usted quedando en los huesos. ¡Hay que cuidarse!»

DOCTOR *(sonriendo).*

Se lo diré, aun cuando no sea de esa misma manera.

SABEL

Y le receta cualquier cosa para la salud. El es muy remilgado. ¡Dios nos libre! Pero de mi cuenta corre hacérsela tomar.

DOCTOR

También le recetaré si es preciso.

ESCENA II

El Doctor.—Sabel.—Pedro.

SABEL *(señalando á Pedro, que entra).*

Aquí le tiene.

PEDRO *(saludando).*

Adiós, Don José. *(A Sabel.)* ¿Por qué no me avisaste que estaba aquí el doctor?

SABEL *(con lealtad cariñosa y brusca).*

Porque ya se iba ahora mismo. ¡Vaya una cara de desenterrado!

DOCTOR

No hay que ponerse malo.

PEDRO *(Con mal reprimido desconsuelo).*

No, señor, no. ¿Ha visto usted á Octavia?

DOCTOR

Era preciso interrumpir... Volveré luego...

SABEL

Para qué ha de molestarse. Ya que subió las escaleras, mejor es que se siente y espere. Mucho tiempo nunca podrá ser. Aquí tiene usted. *(Coloca sobre la mesa recado de escribir.)*

PEDRO

¿Qué haces, Sabel?

SABEL

Para que Don José le recete á usted alguna cosa.

DOCTOR

Veamos cómo va ese valor. (*Toma el pulso de Pedro.*)

PEDRO

¿Hace mucho que ha llegado usted?

DOCTOR

Acabo de llegar. *(Pausa.)* Está usted febril.

PEDRO

¡Cómo no estarlo!

SABEL

Hablen bajo.

PEDRO *(con interés).*

¿Ya sale?

SABEL

Me parece que sí. *(Al doctor).* ¿No le receta nada al señorito?

DOCTOR

Tu señorito lo que necesita es reposo, mucho reposo, de espíritu y de cuerpo.

PEDRO *(en voz queda apasionada y honda).*

¡Octavia llora! ¿No han oído ustedes? Doctor, ¿cree usted que se salvará?

DOCTOR

Creo que puede salvarse.

PEDRO *(con desesperación).*

¡Señor! ¡Señor! ¡No me la lleves! ¡Sé bueno!

SABEL

¡Si la Virgen Santísima quisiese hacer un milagro!

DOCTOR

¿Hace mucho que está ahí ese buen señor?

SABEL

Hará como una media hora.

DOCTOR

Lo dicho; todavía tenemos para rato.

SABEL

Preguntó quién la asistía. Le conoce á usted, Don José.

DOCTOR

No tiene nada de particular.

PEDRO *(escuchando).*

Se la oye suspirar...

DOCTOR

Ha sido una malísima idea. No es que yo sea opuesto por sistema á esas cosas, pero á los enfermos les impresionan.

SABEL

¡Pobrecita! Lo pedía con un afán...

PEDRO

¡Llora! ¡Está llorando! *(Se dirige á la puerta de la alcoba.)*

SABEL

¡Qué va usted á hacer, señorito!

PEDRO *(al doctor)*.

¿Le parece á usted que entre?

DOCTOR

¡Hombre!...

ESCENA III

El Doctor.—Sabel.—Pedro.—El Padre Rojas.

Las cortinas de la alcoba se abren lentamente; la figura del Padre Rojas, muda y solemne, se dibuja en el umbral.

EL PADRE ROJAS

Pueden ustedes pasar cuando gusten. *(Entra Sabel. Pedro va á seguirla, y el Padre Rojas le detiene.)* Dispense usted un momento. Antes deseara hablar con usted...

DOCTOR

¡Amigo Padre Rojas, aun cuando usted no quiera! *(Se estrechan la mano.)*

EL PADRE ROJAS

¿Quién le ha dicho á usted que no quiero? Tengo siempre una verdadera satisfacción en verle y en saludarle.

DOCTOR

¿Qué se hace ahora? ¿Sigue usted dedicándose á los estudios prehistóricos?

EL PADRE ROJAS

Alguna vez: á ratos perdidos; es un vicio caro. *(Transición.)* Ya me había enterado de que usted asistía á esta señora.

DOCTOR

¿De qué no se enteran ustedes?...

EL PADRE ROJAS

¡Hacía qué se yo el tiempo que no nos veíamos! ¿Usted querrá hacer su visita á la enferma? Pase usted, pase usted.

DOCTOR

Por un momento. *(Entra en la alcoba.)*

ESCENA IV

Pedro.—El Padre Rojas.—Después, Sabel.

EL PADRE ROJAS

Tengo que dirigir á usted un ruego en nombre de esa pobre señora.

PEDRO *(con extrañeza).*

¿En nombre de Octavia?

EL PADRE ROJAS

Sí, señor, sí; pero siéntese, y escuche. Tenga la bondad. Esa desgraciada señora...

PEDRO *(levantándose violentamente).*

No necesito escuchar. Sé todo lo que usted va á decirme. ¡Nunca, nunca debí haber consentido que usted entrara en esta casa!

EL PADRE ROJAS

Saldré de ella en cuanto usted tenga á bien indicármelo. Pero siéntese, dispénseme ese favor. Ya conocía yo ese genio impetuoso. Nuestro Padre San Ignacio solía decir de ciertos arrebatos, como el de usted en este momento, que eran la exageración de una virtud. Ahí verá usted por qué no me ofenden. Ahora, con franqueza, ¿usted no quiere sentarse? Dígame si el permanecer de pie es como una indicación de que me vaya.

PEDRO *(friamente).*

Es todo cuanto usted quiera.

EL PADRE ROJAS

Sentiría que en esta ocasión desmintiese usted ese carácter tan franco y tan sincero, por que le aseguro que me es muy simpático.

PEDRO

Gracias.

EL PADRE ROJAS

Hace un momento creo haberle oído algo así como que usted ya sabía de antemano todo cuanto yo tenía que decirle.

PEDRO *(con violencia)*.

Y lo sé.

EL PADRE ROJAS

En ese caso sabrá usted que yo no tengo ninguna cosa que decirle. Quien tiene que decirle algo, muy doloroso ciertamente, es esa señora. Este humilde jesuíta no tiene otro carácter que el de emisario.

PEDRO *(con violencia creciente)*.

Para hablar conmigo Octavia no necesita emisarios. No los ha necesitado jamás.

EL PADRE ROJAS *(levantando la voz gradualmente)*.

Ahora los necesita. Tal es la voluntad de Dios.

PEDRO *(apasionado)*.

Yo no oiré á nadie más que á ella.

SABEL *(asoma un momento en la puerta de la alcoba)*.

¡Chist! Tengan consideración y hablen bajo.

EL PADRE ROJAS

Pobre mujer, ¡parece la lealtad misma!...

PEDRO *(en voz baja, pero con calor)*.

Todos ustedes tienen la vanidad de las conversiones.

EL PADRE ROJAS

Yo hago lo que me dicta mi conciencia.

PEDRO

Yo también.

EL PADRE ROJAS *(con dulzura)*.

No.

PEDRO *(con enojo)*.

Sí.

EL PADRE ROJAS

Usted solamente atiende la voz del pecado.

PEDRO

La de mi corazón.

EL PADRE ROJAS *(con unción)*.

Para que esa señora pueda morir tranquila, para que yo pueda absolverla de sus culpas, es preciso que usted salga de esta casa para no volver.

PEDRO

Mi sitio está ahí dentro, á la cabecera de Octavia.

EL PADRE ROJAS

Ese sitio puede ser el de la madre, el del marido, el de los hijos, el mío también; el del amante, nunca. ¿Desoirá usted el ruego de esa señora?...

PEDRO

Lo desoiré, sí, lo desoiré. Porque no es Octavia quien exige que me vaya. Es usted, que la tiene amedrentada con la idea del infierno.

EL PADRE ROJAS

No; redimida con la esperanza del perdón y del Cielo.

PEDRO *(en voz contenida y amenazadora).*

Si Octavia se muere, si se agrava nada más, no sé lo que haré, no lo sé. De usted solamente será la culpa, de usted, que en vez de traerle consuelos, le ha traído remordimientos. ¡Que no se agrave! ¡Que no se agrave!

ESCENA V

Pedro.—El Padre Rojas.—El Doctor.

DOCTOR *(desde la puerta, como si hablara con la enferma).*

Sí, señora, sí; volveré esta noche. Ahora, silencio; mucho silencio. Hay que procurar dormir. ¡Sabel, no hay que darle conversación!

SABEL *(dentro).*

Usted descuide, Don José.

PEDRO *(acercándose ansioso al doctor).*

No me engañe usted, doctor; ¿cómo está?

DOCTOR *(con calma)*.

¿Qué quiere usted que le diga?

PEDRO

¡Pobrecilla! Le han dado un tósigo horrible.

DOCTOR

¿Pues qué ha pasado?

PEDRO

¿Usted cómo la encuentra?

DOCTOR

Hombre, en lo que cabe, con una gran mejoría.

PEDRO *(sorprendido)*.

¿Mejor?

DOCTOR

En lo que cabe, nada más que en lo que cabe. No me sorprende por qué es eso; la tranquilidad del espíritu... A veces estos señores realizan curas maravillosas *(con el ademán y la sonrisa indica al Padre Rojas)*. Sin embargo, no hay que fiarse de ellos. ¿Qué tiene usted que decir, Padre Rojas?

EL PADRE ROJAS

Nada, nada. Le escucho.

PEDRO

¿Es decir que la encuentra usted mejor?

DOCTOR

Más calmada. Seguiremos observando.

EL PADRE ROJAS

Me parece á mí que el señor doctor no quiere atribuirse toda la gloria de esa mejoría.

DOCTOR

Ya está el Padre Rojas arrimando el ascua...

EL PADRE ROJAS

Permítame el señor doctor *(designando á Pedro)*. Este caballero hace un momento amenazaba con hacer yo no sé qué locuras, si la enferma se hubiese agravado.

DOCTOR (*sonriendo*).

¡De veras! Le pondremos la camisa de fuerza.

EL PADRE ROJAS

Este caballero se conoce que está muy poco acostumbrado á dominarse; pero hay nobleza, hay nobleza: he podido observarlo.

PEDRO

Gracias.

EL PADRE ROJAS

Tiene un carácter muy poco cristiano, eso sí. La humildad, la resignación, el sufrimiento, son cosas con las cuales no quiere avenirse. Es la manera de ser de nuestra sociedad pagana, más pagana que aque-

lla de la antigua Roma. *(Transición.)* ¿Conque esa señora, en opinión de usted, está mejor? Vamos, me felicito, me felicito.

DOCTOR

Ya sabe usted lo frecuentes que son esas reacciones en algunos enfermos después de confesarse.

EL PADRE ROJAS *(á Pedro).*

¿Y usted, qué tiene que decir?

PEDRO *(friamente).*

Nada.

DOCTOR

Claro está que en esas mejorías no pueden fundarse grandes esperanzas, pero son un hecho.

EL PADRE ROJAS

Eso es lo esencial.

DOCTOR

Cuando yo salí de la Universidad no creía en otra ciencia que en la de los libros. Hoy soy ecléctico. Creo lo mismo en la eficacia de cualquier reliquia que en la del yoduro potásico. No son paradojas. Claro está que es según los enfermos. Para mí, el agua de Lourdes ha curado más tísicos que la de Panticosa. *(Después de mirar el reloj.)* ¡Adiós! ¡Adiós! *(Dirigiéndose á Pedro).* Tener en casa una de aquellas famosas muelas de Santa Polonia era como tener un dentista americano.

EL PADRE ROJAS

¡Válgame Dios, señor Don José! ¿Por qué ha de mezclar usted siem-

pre la impiedad y la ironía, ese virus volteriano, con unas cosas tan respetables?

DOCTOR

Ya sabe usted que es mi genio, Padre Rojas. Perdone usted, perdone usted.

EL PADRE ROJAS

Es usted incorregible, señor Don José. Si usted reconoce la esencia y virtualidad de los hechos...

DOCTOR

Lo reconozco todo. No quiero entrar en discusiones.... Es ya muy tarde... Otro día, otro día...

EL PADRE ROJAS

Vaya usted con Dios, señor Don José. Pero conste que yo en manera alguna me proponía discutir.

DOCTOR

Bueno, bueno. *(Vase por la derecha y Pedro le acompaña.)*

ESCENA VI

El Padre Rojas.—Sabel.

SABEL *(sale muy apresurada de la alcoba).*

Escuche una palabra, Don José. ¿Dónde ha dejado la receta?

DOCTOR *(desde la puerta)*.

No he recetado.

SABEL

¡Vaya un aquél! ¡Y para eso cuatro duros, que no los gana un pobre trabajando desde que Dios amanece! Dinero más tirado..... A lo menos cumpliese, recetando todos los días, como es debido.

EL PADRE ROJAS

La enferma parece que está mejor.

SABEL

¡Mejor! ¡Ay! no sé qué le diga. Aquel corazón está penando mucho

EL PADRE ROJAS

La gracia de Dios le dará fuerzas.

SABEL

Por resignación que haya, no puede ser que se aparte del señorito sin que le cueste muchas lágrimas. Y hace bien, pobrecita: es la ley que le tiene.

EL PADRE ROJAS

Las lágrimas son como piedras preciosas, que á los ojos de Dios avaloran el sacrificio de esa pobre señora.

SABEL

Serán, sí, señor. Yo no le digo á usted menos. Pero tocante á que el señorito se camine de la casa, me parece que es pedirle los imposibles.

EL PADRE ROJAS

Si verdaderamente quiere á la enferma, cederá.

SABEL

¡Pues por lo mismo que la quiere más que á las niñas de sus ojos!

EL PADRE ROJAS *(con dulzura)*.

¡Qué pena me causa oirte, hija mía! Se adivina en ti un corazón sencillo, lleno de bondad, pero tan descuidado en su educación religiosa... No dejes que hable por tus labios el espíritu de este siglo, sensual y egoísta. Quédese eso, hija mía, para los poderosos dela tierra; para el rico avariento que busca la felicidad en esta vida mortal. No para ti, pobre mujer, que jamás te rebelaste contra la ley divina del dolor y del trabajo; sierva resignada, que ganas tu pan en el hogar ajeno, y que serás ensalzada con todos los humildes!

ESCENA VII

El Padre Rojas.—Sabel.—Pedro.

EL PADRE ROJAS *(á Pedro, que entra por la derecha)*.

Ya ha visto usted que esa señora no se ha agravado.

PEDRO *(áesabrido)*.

Felizmente. *(Va á entrar en la alcoba.)*

EL PADRE ROJAS *(interponiéndose)*.

¿Me permitirá usted todavía algunos momentos?

PEDRO

Diga usted.

SABEL

¿Se le ofrece alguna cosa, señorito?

PEDRO

No; nada. *(Sabel entra en la alcoba.)*

ESCENA VIII

El Padre Rojas.—Pedro.

EL PADRE ROJAS

Después de lo que el señor doctor ha dicho, usted, sin duda alguna, habrá reflexionado. La mejoría de esa pobre señora le señala á usted el camino que debe seguir. Esa pobre señora, cuyo pecado ha sido quererle, le ruega, le suplica, que no turbe su conciencia; que huya de su lado, sin intentar verla; que la olvide y que la perdone.

PEDRO *(con tristeza)*.

Así son todos los milagros de ustedes. Triunfar de una infeliz mujer enferma, que agoniza, que delira, que muere; amargar con remordimientos horribles sus últimos momentos. ¿Qué pecado puede haber en que yo le cierre los ojos?

EL PADRE ROJAS

Hijo mío, si nuestras culpas han de sernos perdonadas, es á condición de que el llanto de la penitencia las lave.

PEDRO *(con pasión)*.

Yo no quiero que Octavia sufra. Yo no quiero que Octavia llore.

EL PADRE ROJAS *(con dulzura)*.

Quien no quiere sufrir, quien no quiere llorar es usted.

PEDRO *(con pasión)*.

Yo, sí.

EL PADRE ROJAS

Pues tenga usted un acto de fortaleza. Abandone esta casa. Que la conciencia triunfe del corazón.

PEDRO *(con desesperación)*.

¿Y á dónde iré yo? ¡Solo! ¡Solo como los muertos! ¡Octavia! ¡Mi Octavia! ¡Tú no puedes querer que yo me vaya!

EL PADRE ROJAS

Cálmese. Sosiéguese usted. Lo quiere, lo quiere porque Dios le ha tocado en el corazón.

PEDRO *(con repentina energía)*.

Yo saldré de esta casa si Octavia lo desea; pero antes le diré que si me voy es porque la adoro.

EL PADRE ROJAS

Evitemos una despedida tan dolorosa, hijo mío.

PEDRO

¡El mayor dolor es no verla! ¡Usted no se ha separado nunca de una

mujer á quien se quiere más que á uno mismo; de una mujer que es toda nuestra vida! ¡Usted no sabe lo que es eso!

EL PADRE ROJAS

Yo he tenido que separarme de mi madre para vestir este hábito. Mi madre, que era una santa, me animaba á entrar en religión; pero cuando llegó el momento de separarnos, se abrazó á mí, llorando:—¡Hijo mío, que me quedo sola en el mundo! ¡No te vayas! Y yo no me fuí.

PEDRO

Pero usted ha profesado.

EL PADRE ROJAS

Algún tiempo después entré en religión; pero para ello fué preciso que abandonase mi casa furtivamente, á la media noche. Mi pobre madre dormía.

PEDRO

Y á usted no se le ocurrió entrar en su alcoba y darle un último beso.

EL PADRE ROJAS

No. Porque en vez de uno le hubiera dado tantos, que mi madre se hubiera despertado.

PEDRO

¡Todos los que usted le hubiera dado á su madre quiero yo dárselos á Octavia! Quiero estrecharla entre mis brazos por última vez. Quiero que ella también por última vez me diga...

EL PADRE ROJAS *(interrumpiéndole)*.

Lo que esa desgraciada señora tiene que decir á usted, no son ya frases que puedan murmurarse al oído, no son ya protestas y juramentos de amor; es el lenguaje del deber y de la religión, áspero como la corona de espinas que ciñeron al Salvador del mundo.

ESCENA IX

El Padre Rojas.—Pedro.—Sabel.

SABEL *(sale de la alcoba con una jícara de caldo)*.

Dice la señorita que tome este caldo, que se lo deja ella.

PEDRO

¿Lo ve usted?

EL PADRE ROJAS

¿Ha dicho eso?

SABEL

Sí, señor, sí.

EL PADRE ROJAS

¿Ha dicho eso?

SABEL *(titubeando)*.

Sí, señor...

PEDRO

¡Lo ve usted!.. ¡Mi Pobre Octavia no me olvida!

EL PADRE ROJAS

¿Usted está segura de que lo ha dicho?

SABEL

¡Vaya, señor! Hay que andarle con estos cumplimientos, porque de otra manera no le toma.

PEDRO

¿No es verdad?

SABEL

Tómelo y no haga caso. ¡Señorita, dígale que es cierto! *(Llamando.)*

EL PADRE ROJAS *(severo)*.

No lo es.

PEDRO *(con acento de desafío)*.

¿Y si lo fuese? *(Octavia, vestida con una bata blanca, asoma entre los cortinajes de la alcoba. Pedro, al verla.)* ¡Octavia!

ESCENA X

El Padre Rojas.—Pedro.—Sabel.—Octavia.

OCTAVIA *(juntando las manos)*.

¡Pedro, ten piedad de mí!

SABEL

Señorita, que se va á poner peor.

PEDRO

¿Tú quieres que yo me vaya, Octavia?

OCTAVIA *(delirante).*

¡No ves qué desgraciada soy!

PEDRO

Contesta. ¿Tú quieres que yo me vaya?

OCTAVIA

Sí... Yo no... Lo quiere Dios...

PEDRO

¿Y que no vuelva á verte?

OCTAVIA

Sí... ¡Lo quiere Dios!

PEDRO *(retrocediendo).*

¡Me iré! ¡Me iré!

EL PADRE ROJAS *(á Sabel).*

Llévesela usted.

PEDRO *(con pasión).*

Y no me verás más. ¡Adiós, Octavia! ¡Mi Octavia querida! ¡Adiós, infame!

OCTAVIA *(viniendo como loca al centro de la escena).*

Pedro!... ¡Pedro!... ¡No te vayas! ¡No te vayas! ¡Aunque me condenel

(FIN DEL ACTO PRIMERO)

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

Sabel.—Octavia.—María Antonia.

Octavia por el fondo, apoyada en María Antonia, que la conduce á la «chaise-longue». *Sabel se enjuga apresuradamente los ojos, y recoge un almohadón que está sobre la* «chaise-longue». *Después lo coloca debajo de la cabeza de Octavia y se va.*)

OCTAVIA

Aquí estaremos mejor.

MARIA ANTONIA

¿Y no te hará daño?

OCTAVIA

No; hoy me encuentro muy bien.

MARÍA ANTONIA

La verdad, tú podrás estar todo lo enferma que quieras, pero la cara no es de eso.

OCTAVIA

No digas, si parezco una muerta. Siéntate, María Antonia.

MARÍA ANTONIA

¡Una hora hace que estoy aquí!

OCTAVIA

Otro rato nada más. No sabes cuánto te agradezco esta visita. ¡Estoy completamente aislada! No conservo ninguna de mis antiguas relaciones. ¿Y tus hermanas? ¿Qué me cuentas? (*Habla con grandes pausas, desde que aparece hasta que se tiende en la* «chaise-longue».)

MARÍA ANTONIA *(con una exageración cómica).*

¡Ay, hija de mi alma, insoportables! A esas también les ha dado ahora por la moralidad y la rigidez de principios. En cuanto se enteren de que estuve en tu casa, van á querer devorarme. (*Transición.*) ¿Oye, Pepa Araujo tampoco ha venido?

OCTAVIA

Si te digo que no ha venido nadie. A Pepa la encontré hace tiempo en la calle; iba con su marido, y me parece que hizo como que no me veía.

MARÍA ANTONIA

No lo creo de Pepa; y si lo hizo, habrá sido cosa del majadero de su marido. Precisamente Pepa te defiende en todas partes; por eso te lo preguntaba.

OCTAVIA

Hemos sido muy amigas.

MARÍA ANTONIA

Ya lo sé. (*Transición.*) Después de todo, si tú quieres á Pedro, y Pedro te quiere, no echaréis de menos á la gente. Lo peor es que el amor, cuanto más grande, menos dura. Yo, desgraciadamente, en eso soy una

sabia. Como que, en fuerza de ciencia, me voy defendiendo; lo demás hace mucho tiempo que habría hecho lo mismo que tú. ¡La gran locura! Pero tengo la triste experiencia de otros casos de amor eterno. ¡El primero de todos fué mi marido!

OCTAVIA

Es que yo quiero á Pedro como no he querido á nadie. Es mi único amor, mi verdadero amor y mi último amor.

MARÍA ANTONIA *(con pena cómica)*.

¡Ay, hija! Nunca se sabe cuándo es el último.

OCTAVIA

Si no me lo dijese el corazón, me lo dirían estos mechones blancos.

MARÍA ANTONIA

Son unos embusteros.

OCTAVIA

Vas á reirte, María Antonia. Pero yo quiero á Pedro con toda clase de cariños; unas veces parezco su hermana mayor, otras veces soy como una madre...

MARÍA ANTONIA

También conozco eso. Romanticismos que cuestan muchas lágrimas. Créeme á mí, nada de madres ni de hermanas mayores. Trasteo y trasteo. Una mujer guapa como tú, poco tiene que hacer para estar siempre en su papel.

OCTAVIA

¡Ay, María Antonia, yo no sé qué idea tienes tú del amor!

MARIA ANTONIA

No tengo una; tengo varias ideas.

OCTAVIA

Pero empecatadas, hija.

MARÍA ANTONIA

Sigue mi consejo. Ser, lo que una es. Yo no conozco mucho á Pedro; pero conozco la clase, y todos son iguales.

OCTAVIA

Pedro no es como los demás.

MARÍA ANTONIA

Naturalmente: Pedro es de una fabricación especial.

OCTAVIA

No te burles, María Antonia. Pedro es un verdadero niño.

MARÍA ANTONIA

Y tú una niña... ¡Válgame Dios, pero qué ridículos os ponéis los enamorados!

OCTAVIA

No; yo, desgraciadamente, no soy una niña. ¡Mi pena es que seré vieja mucho antes que él!

ESCENA II

Octavia.—María Antonia.—Pedro.

PEDRO *(por la izquierda).*

¿Qué te ha contado María Antonia?

OCTAVIA (*á María Antonia*).

¡Tantas cosas! ¿Verdad?

MARÍA ANTONIA

¡Y las que quedan para la próxima visita! (*María Antonia se pone en pie.*)

OCTAVIA

¿De veras te vas?

MARÍA ANTONIA *(besando á Octavia).*

Me parece que ya es hora.

OCTAVIA

¿Cuándo piensas volver?

MARÍA ANTONIA

En cuanto tenga una tarde libre. Adiós, Pedro (*le da la mano*).

PEDRO

Adiós, María Antonia. Salude usted á sus hermanas.

MARÍA ANTONIA

Gracias.

OCTAVIA (*á Pedro*).

Acompaña á María Antonia. (*Pedro la acompaña hasta la puerta de la derecha.*)

MARÍA ANTONIA (*en la puerta*).

Quédese usted.

PEDRO

De ninguna manera.

MARÍA ANTONIA

Octavia, renuncio á él. (*Despidiéndose cómicamente.*) ¡Caballero! ¡Señora! (*Vase corriendo.*)

OCTAVIA (*riendo*).

¡Qué loca! Acompáñala, hombre.

ESCENA III

Octavia.—Pedro.

PEDRO (*riendo*).

¡Quieres que la persiga por el corredor!

OCTAVIA

¿Por qué le has dicho que saludase á sus hermanas?

PEDRO

¡Hija, era una cosa tan natural!

OCTAVIA

Probablemente, les ocultará que estuvo aquí.

PEDRO

No creas eso.

OCTAVIA

Si me lo ha dicho la misma María Antonia.

PEDRO (*sorprendido*).

¡Ah!

OCTAVIA

¡Naturalmente!

PEDRO

Pues entonces que no las salude. No te apures. (*Con cariño*). ¿Cómo te vas encontrando ahora?

OCTAVIA (*mimosa*).

¡Mal, muy mal, yo me muero!...

PEDRO

¡Octavia, por Dios, no empieces así!

OCTAVIA

¿Tengo yo la culpa de estar mala, y de morirme? (*Transición.*) ¿Le has preguntado al doctor si me convendría el cambio de aires? Podríamos ir á una aldea de la orilla del mar, y entonces nos llevábamos á mi niña.

PEDRO

¡A tu niña! ¿Pero cómo?

OCTAVIA

Ya veríamos. ¿Tú crees que mi marido se preocupa de la niña? Nunca se preocupó. Es un hombre que no quiere á nadie. La niña pasa la mayor parte del tiempo con mi madre.

PEDRO

Sí, sí.

OCTAVIA

No me digas sí, sí, porque me parece que estás pensando en otra cosa. ¡Como yo tuviese á mi hijita me ponía buena en seguida... ¡Pero, ya se ve, tú la aborreces!...

PEDRO

No, Octavia, no. Esas son invenciones de tu madre.

OCTAVIA

¡Hijita de mi alma, cómo estará!

PEDRO (*con algo de impaciencia*).

Vamos á ver; ¿crees que tu marido consentirá en entregarte á la niña para que viva con nosotros?

OCTAVIA

No sé. Pero, ¿qué importa? Se la robamos. ¿Tampoco eso puede ser?

PEDRO

Sí, sí.

OCTAVIA

No me digas sí, sí. ¡Me pones nerviosa!

PEDRO (*con cariño*).

¡Cómo estás, hija!

OCTAVIA

Déjame. (*Le rechaza.*)

PEDRO (*sonríe y le acaricia las manos*).

¡Qué mimos, señor! ¡Qué mimos!

OCTAVIA (*después de una pausa*).

¡Pedro!...

PEDRO

¡Qué!

OCTAVIA

Vas á jurarme una cosa.

PEDRO (*sonriendo*).

¿Has pensado la fórmula del juramento? Será solemne: sobre los Evangelios...

OCTAVIA

No me hables así, como á una niña caprichosa. Vas á jurarme que si me vieses moribunda, tú serías el primero en avisar á un sacerdote, y en hacer cuanto él dijese. ¡Yo no quiero que mi alma se condene!

PEDRO

Y tú vas á hacerme el favor de no pensar en esas tonterías.

OCTAVIA (*tristemente*).

No les llames tonterías. (*Cambiando repentinamente de voz, de gesto, y de actitud. Sonriendo.*) Pero no me muero, ¿verdad? ¿Qué te dijo hoy el doctor? Me parece que ha puesto muy buena cara. ¡Por eso tú estás contento! Pero, mira cómo me he quedado. No parecen mis brazos. ¡Eres muy bueno, aun así me quieres!...

PEDRO (*besándole las manos*).

Más que nunca.

OCTAVIA

¡De noche, no puedes formarte idea del miedo que he tenido! Poco á poco, en la obscuridad, se fué apoderando de mí la idea de que me moría, y de que me moría condenada. ¡Por eso mi afán de que viniese el Padre Rojas!

PEDRO

Ya ha venido.

OCTAVIA

¡Desgraciadamente!

PEDRO

Ahora te arrepientes.

OCTAVIA

¡Me arrepiento porque he tenido que desobedecerle! ¡Pero te quiero tanto, que únicamente la esperanza de morir me daba fuerzas para separarme de ti! Y tú, separado de mí, ¿qué hubieras hecho?

PEDRO

No sé. Creo que me hubiera muerto de pena... (*Se cubre la cara con las manos de Octavia.*)

OCTAVIA (*enternecida*).

¡Pobre amor mío! (*Sonriendo*). ¡Pero qué bien sabes engañarme! (*Con animación*). ¿Y no te ha pasado por la cabeza echar de casa al Padre Rojas?

PEDRO

Fué mi primer impulso; pero cuando me dijo que eras tú quien me suplicaba que me fuese...

OCTAVIA

¿Te hubieras ido?

PEDRO

Sí. Era tu deseo.

OCTAVIA

¡Qué pena tan grande habría sido, vernos separados para siempre!

PEDRO

Eso no. ¡Porque como tú no te hubieras muerto...

OCTAVIA (*cogiéndole la cabeza y besándole en la frente*).

¡Mi encanto habría vuelto al día siguiente!

ESCENA IV

Octavia.—Pedro.—Sabel.

SABEL (*Por la derecha*).

¡Señorito Pedro!... (*Con misterio*). Haga el favor de escuchar una palabra.

OCTAVIA (*sobresaltada*).

¿Qué es, Sabel? ¿Qué es?

SABEL

Nada, señorita, no se asuste. No es nada malo.

OCTAVIA (*como una inspirada*).

¡Mamá está ahí con la niña!

PEDRO

¡Pero Octavia, tú sueñas!

OCTAVIA (*cerrando los ojos*).

¡Están ahí! ¡Las veo!

PEDRO

No vuelvas con secretos, Sabel. Vamos á ver: ¿Qué me querías?

SABEL

Eso mismo...

PEDRO

Pero, ¿están ahí?

OCTAVIA

¡Tú vete, Pedro! ¡Que no te encuentren aquí! (*Vase Sabel por la derecha.*)

PEDRO

¿Las esperabas? ¿Habías mandado algún recado á tu madre?

OCTAVIA

No, no.

PEDRO

¿Por qué me engañas, Octavia? Tú sabías que iban á venir.

OCTAVIA

Lo sabía, sin saberlo. (*Mirando á la puerta.*) Vete ahora. Que no te vean.

PEDRO (*con tristeza*).

¡Adiós!

OCTAVIA

¿No te vas incomodado?

PEDRO

No.

OCTAVIA (*con una sonrisa á la vez amorosa y triste*).

¡Adios, entonces!... (*Pedro sale por la izquierda.*)

ESCENA V

Octavia.—Doña Soledad.—La Niña. —Sabel.

OCTAVIA (*levantándose y corriendo hacia la puerta de la derecha*).

¡Hija de mi alma! ¡Hija de mi alma! (*Se fija en el retrato de Pedro que está sobre un mueble, y se detiene. Coge el retrato y lo esconde. Después sale corriendo. La escena queda sola un momento. Detrás de la puerta suenan besos y sollozos.*) ¡Mi almita querida! ¡Mi almita! (*se deja caer en la* «chaise-longue»). ¿Te acordabas mucho de mí? (*Volviéndose á su madre*). ¡Al fin has venido!

DOÑA SOLEDAD (*besándola*).

Hasta hoy no supe que estabas enferma. ¡Qué desgraciada te has hecho, hija mía!... ¡Y nos has hecho á todos!...

OCTAVIA (*suplicante*).

¡Mamaita, por Dios! (*Acariciando á la niña.*) ¿No tenías tú muchos muchos deseos de verme?

LA NIÑA

Sí... pero como no sabía la casa....

OCTAVIA

¿Qué hubieras hecho si la supieses? ¿Te habrías escapado, verdad? ¡Tampoco sabías que tu mamá estaba muy mala, que se iba á morir!... (*La niña esconde la cabeza en el pecho de Octavia.*)

DOÑA SOLEDAD (*interrumpiendo la conversación que en voz baja sostiene con Sabel*).

No le digas esas cosas á la niña.

OCTAVIA (*abrazando á su hija*).

¡Vidita mía! ¡Vidita! (*Solloza.*)

LA NIÑA

No llores. ¿Por qué lloras tú?

SABEL

Tiene menos juicio que la pequeña. ¿Por qué ha de llorar? ¿No la tiene ya aquí?

DOÑA SOLEDAD

Hija mía, procura dominarte. Te aflijes tú, y aflijes á la niña inútilmente! (*Sabel y Doña Soledad reanudan la conversación en voz baja.*)

OCTAVIA *(á la niña).*

Ves, ya no lloro; era de alegría. Cuéntame, ¿qué hacías tú sin mí, corazoncito? ¿Quién pone ahora guapa á mi nena? ¿Es la abuela? ¿Por qué no te dejan el pelo suelto, como antes?

LA NIÑA

La abuela no sabe bien.

OCTAVIA (*sonriendo*).

Gracias á que no te peina como ella, hija, con cocas.

SABEL

¡Bendito sea Dios, que se la ve reir! (*Sigue hablando con Doña Soledad.*)

LA NIÑA (*abrazándose á su madre*).

¡Mamá! ¡Mamá querida!

OCTAVIA

Cuéntame, ¿qué te decían de mí?

LA NIÑA

Nada...

OCTAVIA

¿Te dijeron que me había muerto?

LA NIÑA

Lo dijo papá un día, pero yo no lo creí.

OCTAVIA

¿No lo creiste? ¿Por qué no lo creiste?

DOÑA SOLEDAD

Octavia, que los niños se fijan en todo, y luego repiten las cosas ..

SABEL

Déjela, señora. (*Siguen hablando en voz baja.*)

OCTAVIA

¿Por qué no lo has creído, dime?

LA NIÑA

La abuela no lloraba mucho, y además por otra cosa...

OCTAVIA

¿Qué cosa?

LA NIÑA

Otra cosa.

OCTAVIA

¿No me la quieres decir?

LA NIÑA

Seguían poniéndome aquel traje azul que tú me compraste; aquél de los lazos.

OCTAVIA

Y ¿no era ese el que debían ponerte si yo me hubiese muerto, ¿verdad?

LA NIÑA

No.

OCTAVIA

¿Cuál debían ponerte?

LA NIÑA

Ya tú lo sabes.

OCTAVIA

Dímelo, corazón.

LA NIÑA

Ya tú lo sabes.

OCTAVIA (*sollozanao*).

¡Sí, lo sé! ¡Sí, lo sé!

LA NIÑA

No llores.

OCTAVIA

¿Te dijo alguien que yo era mala?

LA NIÑA

No; tú eres mejor que todos.

DOÑA SOLEDAD

¡Pero, Octavia, hija mía, qué cosas tan impropias le preguntas á la niña!

OCTAVIA

¡Ay, mamá, qué exigente eres! (*A la niña, levantándose con mucho trabajo*). Ven, mi encanto.

DOÑA SOLEDAD

¿A dónde la llevas?

OCTAVIA (*á la niña*).

Voy á ponerte con el pelo suelto. (*A su madre*). ¡Quiero verla como antes! (*Entra en la alcoba.*)

ESCENA VI

Doña Soledad.—Sabel.

DOÑA SOLEDAD (*llorosa*).

¡Pobre hija mía, cómo se ha quedado! ¡Y yo sin saber que estaba enferma! ¡Hija de mi alma! ¡No parece ella! ¡No la parece!... ¡Si á lo menos ese hombre la tratase con cariño!

SABEL

Como el cariño fuera la medicina que hubiese de sanar á la señorita, no se moría nunca.

DOÑA SOLEDAD

¡Poco importa, Sabel, que á unos momentos la mime, si á otros la dará cada disgusto!

SABEL

Usted habla por lo que sucedía antes. Ya les pasaron á los dos aquellas ilusiones tontas que se les ponían. Celeras, nada más que celeras. ¿Sabe usted lo que mata á la señorita? Pues es la pena que se ha metido en ella al verse separada de la niña. No es otra cosa.

DOÑA SOLEDAD

¡Y qué le hemos de hacer, Sabel! Yo lo conozco. Ahora mismo he tenido la prueba... ¡Para mí apenas hubo una palabra de cariño; en cambio, para su hija... Ya lo has visto. ¡Y pensar que me he sacrificado toda la vida por esa ingrata! ¿Quieres mayor sacrificio que éste de haber venido aquí? ¡A quien se le diga que yo estuve en casa del amante de mi hija!... Pero es la primera y la última vez. Que elija ella entre su madre y... ¿No habrá un castigo para ese hombre? ¡No lo habrá!

OCTAVIA (*dentro*).

¿Qué haces ahí, mamá? Ven á ver qué monísima estoy poniendo á esta picarona.

DOÑA SOLEDAD

Voy, hija, voy.

LA NIÑA (*asoma entre los cortinajes de la alcoba, con el pelo suelto*).

Mamá Soledad, venga usted, para aprender.

DOÑA SOLEDAD

Ya soy vieja para aprender, hija. (*A Sabel*). ¡Y ese ángel, crées tú que no tiene que comprender algo! Jamás en nuestra familia se vieron de estas cosas, ¡jamás! Y en la de mi marido tampoco. Llegará un día en que esa niña sea mujer y se avergüence...

SABEL

No tiene por qué saberlo.

DOÑA SOLEDAD (*con tristeza*).

Esas cosas nunca quedan ocultas.

SABEL

Y aunque lo sepa. Es como si la señorita fuese á dejar de quererla á usted porque hoy ó mañana se enterase de cualquiera cosa.

DOÑA SOLEDAD

No tiene de qué enterarse. Gracias á Dios, puedo llevar la frente muy alta.

SABEL

Yo no la titulo á usted mala. Es un suponer...

DOÑA SOLEDAD

No habrá nadie que se atreva á decir de mí la menor cosa. Era una chiquilla cuando quedé viuda, y valía bastante más que mi hija, ¡pero

bastante más! Ella, aun cuando se me parece, no es ni sombra de lo que yo he sido; pues bueno...

SABEL

Usted sería una santa, que no pisaba una paja en cruz; las demás no lo son. Lo que yo le digo es que ya quisieran muchas hipócritas ser tan buenazas y tan simples para el amor como la señorita.

DOÑA SOLEDAD

A ti vale más dejarte. Siempre has sido lo mismo, una desvergonzada. (*Entra en la alcoba.*)

SABEL

Ande y que la ahorquen. Toda la vida con que si ha sido ó no ha sido.

ESCENA VII

Sabel.—El Doctor.—Después, Pedro.

DOCTOR (*por la derecha*).

¿Por dónde anda la gente de esta casa?

SABEL

Pase, señor don José.

DOCTOR

¿Cómo va, Sabel? ¿Y esa enferma?

SABEL (*con misterio*).

Mejor. Ahora está ahí la señora mayor, que vino con la niña. *(El Doctor entra en la alcoba seguido de Sabel, que sale poco después para buscar algo entre los frascos de medicinas colocados sobre una mesa.)*

SABEL (*un poco perpleja, mirando los frascos*).

¡Vaya usted á saber cuál de estos será!

PEDRO (*asoma por la izquierda*).

¡Sabel! ¿Está ahí el doctor? *(Señalando á la alcoba.)*

SABEL

Sí, señorito. Pero usted no entre. Haga el favor. ¿Cuál es el frasco de la medicina?

PEDRO (*leyendo las etiquetas*).

Este (*da el frasco á Sabel*). ¿Octavia preguntó por mí?

SABEL

¡Cómo iba á preguntar!

PEDRO

Desde que vino ese fraile, Octavia ya no es la misma. Su deseo, ahora, sería que yo no estuviese aquí.

SABEL

También usted tiene cosas de á ochavo. Quería que delante de la

niña se pusiese á declarar que vivía con usted, y que para ella no había otro Dios en el mundo.

PEDRO (*repite como un obsesionado*).

¡Octavia ya no es la misma! ¡Ya no es la misma!

SABEL (*desde la puerta de la alcoba*).

Váyase de ahí.

ESCENA VIII

Sabel.—Pedro.—El Doctor.

(*El Doctor, en el umbral de la puerta de la alcoba, se cala los quevedos, y examina el termómetro que trae en la mano*).

PEDRO

¿Tiene recargo?

DOCTOR (*dando el termómetro á Pedro*).

Como ayer. Vamos á ver si dejándoselo más tiempo... (*Coge el brazo de Pedro.*) Los recargos nunca fueron grandes, ni es eso lo que hay que temer; si fuese eso, ya lo combatiríamos... (*El Doctor lleva á Pedro hacia la alcoba.*)

SABEL (*á Pedro, suplicando*).

¡Ya que se empeña en entrar, aunque la señora mayor diga cualquiera cosa, usted no haga caso; bien sabe cómo es!...

PEDRO (*soltándose del brazo del Doctor en la misma puerta de la alcoba*).

Yo no entro, doctor.

DOCTOR

¿No entra usted?

PEDRO

Sí, debía entrar, porque es vergonzoso que estando en mi casa tenga que esconderme.

DOCTOR

No, no. Nada de escenas. Después de todo, esa señora es la madre de Octavia. Porque me figuro que será eso, que no quieran ustedes encontrarse.

ESCENA IX

Sabel.—Pedro.—El Doctor.—Doña Soledad.

DOÑA SOLEDAD (*sale de la alcoba enjugándose las lágrimas*).

¡Pobre hija mía! ¡Yo no tengo valor para verla ahogarse de ese modo! ¡Ay, debe estar muy mala!

DOCTOR

No está buena, no, señora. Sería una tontería decirle á usted lo contrario... Es de esas cosas qne basta tener ojos... Pero todavía nos queda alguna esperanza...

DOÑA SOLEDAD

Diga usted: ¿y si me la llevase una temporada al campo?

DOCTOR

El campo le conviene mucho. De eso hemos hablado ya. (*Se dirige á Pedro*). Precisamente ayer... ¿No ha sido ayer?

PEDRO (*con timidez*).

Sí, ayer fué...

DOÑA SOLEDAD (*sin dignarse mirar á Pedro*).

Yo no pienso consultar la voluntad de nadie. ¿Creo que usted me dará la razón?

DOCTOR

No, señora. La voluntad de la enferma debe consultarse siempre.

DOÑA SOLEDAD

Unicamente esa... Como señora y como madre, tampoco estoy en el caso de hacer más. Octavia lo que necesita es vivir á mi lado, sin tener quien le dé disgustos.

SABEL

Déjese de esas historias, señora. Mire que la señorita está sola. Ande, ande para allá.

DOÑA SOLEDAD

Esos modos, hija, los guardas, si te lo consienten, para tus amos No se te olvide con quien hablas.

DOCTOR (*coje el sombrero apresuradamente*)

Queden ustedes con Dios. (*Vase por la derecha.*)

SABEL

¡Ave María! Ni que fuese la reina de España.

DOÑA SOLEDAD

En mi casa lo soy, y en casa de mi hija también. Yo aquí no reconozco otro dueño y señor que ella.

PEDRO

Usted está en su casa, señora.

DOÑA SOLEDAD (*secamente*).

Gracias. Sabel, ten cuidado que no entre aquí la niña. (*Sabel entra en la alcoba.*) Usted y yo tenemos que hablar.

PEDRO

No lo dudo, señora. Basta que usted lo diga. Pero quizá fuese mejor que no hablásemos.

DOÑA SOLEDAD

¡Mejor! ¿Para quién?

PEDRO

Para Octavia, señora. Ella es lo único que debe interesarnos.

DOÑA SOLEDAD

¿Y quién es usted para interesarse por mi hija?

PEDRO

¡Quién soy yo!

DOÑA SOLEDAD

No me lo diga usted. ¡Si usted tuviese un poco de respeto á lo que es una madre, se callaría, sin atreverse ni á levantar los ojos!...

ESCENA X

Doña Soledad.—Pedro.—Octavia.

OCTAVIA *(por el fondo)*.

¡Por Dios, no riñáis! ¡Pedro, qué haces aquí!...

PEDRO

Deja...

OCTAVIA *(con cariño)*.

¡No me des un disgusto en el estado en que estoy! Vete. ¡Mira que soy yo quien te lo pide!... (*Le coje las manos.*)

DOÑA SOLEDAD *(separándola de Pedro)*.

Delante de tu madre guárdate de hacer ciertas demostraciones. Siquiera ten un poco de respeto á mis canas.

OCTAVIA

¡Perdona, mamá! ¡Perdona!

DOÑA SOLEDAD *(secamente)*.

¿Dónde dejaste á la niña?

OCTAVIA

¿Qué vas á hacer?

DOÑA SOLEDAD

Irme de esta casa para no volver.

OCTAVIA *(sollozando).*

¡Mamá, que me matas!

PEDRO

Tenga usted un poco de piedad para esta pobre.

DOÑA SOLEDAD

Aún se atreve usted á hablar. (*Enternecida súbitamente*). Calla, hija mía, calla. ¡Qué injusta eres con tu madre! No soy yo quien te mata: ¡no soy yo! ¡Quien te mata es ese infame de hombre!... (*Doña Soledad besa á Octavia, que se incorpora temblorosa y mira á Pedro.*)

OCTAVIA *(suplicante).*

Pedro, vete... (*Pedro hace un gesto negativo.*)

DOÑA SOLEDAD

¡Si hubieses oído los consejos de tu madre! ¡Por no haberlos oído, cuánto te queda que sufrir, cuánto, cuánto!... Ya tendrás el pago...

OCTAVIA *(juntando las manos).*

¡Pedro, vete! ¡Te lo pido yo! ¡Vete!

PEDRO *(acercándose á Octavia).*

Sí, mi vida, sí; me iré.

DOÑA SOLEDAD

Yo no puedo tolerar que en mi presencia ese hombre te hable así.

PEDRO

Usted no podrá tolerarlo, señora; pero tampoco podrá impedirlo. (*Besa á Octavia en la frente.*)

DOÑA SOLEDAD (*retrocediendo*).

¡Vergüenza! ¡Vergüenza me da que seas mi hija!...

ESCENA XI

Pedro.—Doña Soledad.—Octavia.—Sabel.

SABEL (*por la derecha*).

¡Señorito!

DOÑA SOLEDAD (*alarmada*).

¡Sabel! ¿Y la niña?

OCTAVIA (*angustiosa*).

¡Que no entre aquí!...

SABEL

No tenga cuidado. Está muy entretenida allá dentro. (*A Pedro*). Señorito, ahí tiene al Padre Rojas.

PEDRO

¿Qué busca en mi casa ese hombre?

OCTAVIA

¡Pobre Padre Rojas, es un santo! Después de la manera como tú le has faltado...

PEDRO (*con energía*).

Sabel, dile que yo le suplico que haga el favor de no volver.

SABEL

¡Bendito sea Dios! Ya puede usted comprender que yo no le doy semejante recado. Le diré que usted ha salido fuera, y que la señorita está descansando.

OCTAVIA (*llamándole*).

¡Pedro!... Yo tenía que hacerle una consulta al Padre Rojas.

PEDRO

¡No empecemos, Octavia! Recuerda lo que pasó ayer.

DOÑA SOLEDAD

¡Hasta en eso eres esclava, hija mía!

ESCENA XII

Pedro.—Doña Soledad.—Octavia.—Sabel.—El Padre Rojas.

EL PADRE ROJAS (*en la puerta*).

¿Dan ustedes su permiso? (*Sorpresa general.*)

DOÑA SOLEDAD

Pase usted, Padre Rojas.

OCTAVIA (*cogiendo una mano de Pedro*).

Ya sabes cómo estoy, no me des un disgusto. (*Vase Sabel.*)

EL PADRE ROJAS

¿Cómo sigue la enferma? ¿Y ustedes todos? ¿Qué tal? (*Designando á Pedro*). Al señor le ha sorprendido mi visita; lo estoy viendo.

PEDRO

En efecto; no esperaba volver á ver á usted en mi casa.

OCTAVIA (*mirando á Pedro, y iuntando las manos, como quien ruega*).

¡Pedro!

PADRE ROJAS

Pues le diré que vengo á enterarme de la salud de esta hija querida (*volviéndose á Octavia con cariño*). La verdad, temía que se hubiese agravado con nuestras intransigencias de ayer: las de usted y las mías. ¡Válganos Dios! Felizmente, veo que no ha sido así. Crea usted que no tenía la conciencia completamente tranquila.

DOÑA SOLEDAD

¡Usted, padre Rojas!

PADRE ROJAS

Sí, señora, yo. (*Se dirige á Pedro*). Si hubiese sufrido una recaída, ambos seríamos responsables; yo, quizás, en primer lugar. (*Pedro, sin querer oir más, comienza á pasearse.*)

OCTAVIA

¡Qué bueno es usted, Padre Rojas!

DOÑA SOLEDAD

¡Es un santo! Usted, Padre, se pasmará de verme en esta casa. Pare-

ce que soy consentidora... Ya sé, Padre, que nunca debí descender á esto... Es una humillación muy grande...

EL PADRE ROJAS

Una madre no se humilla cuando está al lado de su hija enferma. La acción de usted me parece naturalísima, señora.

OCTAVIA

¡Pero qué bueno es usted, Padre!

DOÑA SOLEDAD

¡Un santo!

EL PADRE ROJAS (*con impaciencia cariñosa*).

¡Quieren ustedes hacerme el señaladísimo favor de callarse! (*Se pone en pie para irse.*)

OCTAVIA

No se vaya usted, Padre.

EL PADRE ROJAS

Sí, hija mía. (*Mirando á Pedro, que durante toda la escena se ha estado paseando, con visibles muestras de impaciencia*). Puede ser que esté estorbando...

DOÑA SOLEDAD

¡Jesús! Pero qué cosas tiene usted, Padre. Lo mismo Octavia que yo estamos encantadas oyéndole esas cosas. Y de los demás, no creo que le importe á usted mucho.

PEDRO *(con cortesía irónica).*

Desde ahora, ya sabe usted que yo en mi casa no significo nada.

EL PADRE ROJAS

Todo lo contrario.

OCTAVIA *(juntando las manos).*

¡Pedro!...

DOÑA SOLEDAD *(al Padre Rojas).*

¿Dígame usted, Padre, si no es una mártir? (*Despidiéndose de Octavia*). Hija mía, yo también me voy. Nunca pagarás á tu madre el sacrificio de haber venido aquí. (*Octavia besa las manos de su madre.*) Solamente puede hacerse por una hija. ¡Adiós!

OCTAVIA

Prométeme que has de volver.

DOÑA SOLEDAD

Si, hija mía; volveré. ¡Ojalá pudiera estar siempre á tu lado! (*Transición.*) Ahora ven á despedirte de la niña.

OCTAVIA

¡Mamá, no me separes de mi hijita! ¡Déjámela!...

DOÑA SOLEDAD

Sé razonable, Octavia.

OCTAVIA

¡Mi hija, es mía! No quiero ser razonable.

DOÑA SOLEDAD

Octavia, mira que esa niña es un ángel. ¡Yo la enseñé á quererte, y te quiere más que á mí! ¡Para ella eres una santa! ¡No seas tú quien arranque la venda que aún cubre aquellos ojos queridos! ¡No hagas que mañana se avergüence de su madre!

OCTAVIA *(con angustioso afán).*

¡Sí, que no sepa nunca!...

PEDRO

Que lo sepa. Sabrá que su madre fué una mártir y una santa.

EL PADRE ROJAS

Mejor sería que ciertas cosas pudiese ignorarlas toda la vida.

OCTAVIA

Pedro, tienen razón. ¡Yo soy mala! ¡Muy mala!

DOÑA SOLEDAD

¡Pobre hija mía! No eres mala, no; eres desgraciada.

OCTAVIA

Es mi castigo, Pedro...

PEDRO

¿Qué quieres? ¿Que no se lleven á tu hija? Yo te juro que no se la llevarán.

OCTAVIA

Sí, sí; Pedro que no se la lleven.

EL PADRE ROJAS (*á Pedro*).

No me parece razonable que usted se oponga con un escándalo.

DOÑA SOLEDAD

¡Octavia, estás loca! No escuches á ese hombre. (*Volviéndose á Pedro, con fiereza*). ¡Aún no está usted satisfecho de su obra! ¡Era poco deshonrar á la madre ante los ojos del mundo; hay que deshonrarla también ante los ojos de su hija!

OCTAVIA

¡Ay! ¡Qué dolor tan grande! Pedro, déjalos... Mamá, llévatela... ¿No habrá oído nada, verdad? Allá no se oye... ¡Dios mío, quisiera morirme!

PEDRO

No te disgustes así, Octavia.

EL PADRE ROJAS (*á Pedro y á Octavia*).

Ahí tienen ustedes cómo Dios Nuestro Señor castiga á los que abandonan la senda del deber.

DOÑA SOLEDAD (*separando al Padre Rojas del lado de Octavia*).

Déjeme usted á mí, Padre. (*A Octavia*). ¡Habrá boba! ¿Quién habla de morirse? En cuanto puedas salir verás á la niña. Yo te lo prometo. Lo principal es que te pongas buena. Ven ahora á despedirte. (*Octavia, sollozando, se incorpora, apoyada en el brazo de su madre.*)

EL PADRE ROJAS (*á Pedro*).

¿No siente usted el remordimiento de haberlas separado?

PEDRO

No.

DOÑA SOLEDAD

Haz por dominarte, hija mía. (*Octavia da algunos pasos apoyada en el brazo de su madre, que abandona de pronto con un gesto trágico.*

OCTAVIA

¡No, eso no puede ser! (*Corre á la puerta de la alcoba y cae, agarrándose á las cortinas*). ¡Sabel! ¡Sabel! Escóndela, que van á robártela. (*Volviéndose á su madre*). ¿Pero tú crees que yo estoy loca? ¿Crees que voy á dejarte que te lleves á mi hija? ¡Mi hija es mía! ¿Para qué has venido? Para hacerme sufrir, ¿verdad? ¡Te mandó él! ¡Te mandó él!...

DOÑA SOLEDAD

¡Octavia, no te pongas así!

PEDRO

Cálmate, Octavia. Tranquilízate...

EL PADRE ROJAS

Tranquilícese usted.

OCTAVIA

¡Ten cuidado, Sabel, que van á robártela! (*Volviéndose á Pedro*). Tú también te alegras de que me la roben, porque la quiero más que á ti.

ESCENA XIII

Pedro.—Doña Soledad.—Octavia.—El Padre Rojas.—La niña. Sabel.

LA NIÑA *(entra por la izquierda corriendo).*

Mamaita, ¿qué tienes?

OCTAVIA

¡Hija de mi alma, ven!

SABEL

¡Son ustedes peores que verdugos!

OCTAVIA *(abrazada á la niña).*

¡A ver quién te arranca de mis brazos!

(FIN DEL ACTO SEGUNDO)

ACTO TERCERO

ESCENA PRIMERA

Octavia.—Sabel.

OCTAVIA *(tendida en la «chaise-longue»).*

Yo no sé qué hacer entre Pedro y mi hijita. ¡Quisiera morirme! Así acabarían de una sola vez tantos sufrimientos! *(Cerrando los oios).* ¡Si me durmiese y no despertase más!

SABEL

¡Jesús, qué señorita esta! *(enjugándose los ojos).* La oye una esas cosas, y, naturalmente, como una no es de piedra...

OCTAVIA

¡Pobre Sabel! No creas que la vida está para mí tan llena de alegrías que sienta dejarla. *(Pausa.)* ¿Cuándo dijo mamá que volvería?

SABEL

No marcó hora, señorita. Dijo que en cuanto pudiese.

OCTAVIA

¡Qué mal hice en dejar que se llevase á la niña! ¡Si no os hubiera hecho caso! ¡Yo me vuelvo loca sin mi hijita!

SABEL

¿Sabe lo que debe hacer? No pensar en esas cosas. ¿Quiere tomar la cucharada para la tos?

OCTAVIA

¿Qué hora es?

SABEL

No le sabré decir.

OCTAVIA

¿El señorito dónde está?

SABEL

Hace un momento estaba en la sala grande.

OCTAVIA

¿Qué hace?

SABEL

Pues no debe hacer nada.

OCTAVIA

¿Tiene luz?

SABEL

Se la llevé y no la quiso.

OCTAVIA

¡Jesús! ¿Qué gusto encontrará en estar siempre á obscuras? ¡Para mí es una cosa tan triste!

ESCENA II

Octavia.—Sabel.—Pedro.

PEDRO *(por la derecha).*

Te he oído toser. ¿Quiéres tomar ahora el jarabe?

OCTAVIA

Bueno.

PEDRO

Siempre te calmará un poco.

OCTAVIA

¡Es tan poco!... *(Pedro coge un frasco que hay sobre la mesa.)* Déjalo, después lo tomaré.

PEDRO *(devolviendo á Sabel la cuchara).*

Ten, Sabel.

OCTAVIA

¿Ya me dejas sola?

PEDRO

Sí.

OCTAVIA *(mimosa).*

Tú estas ofendido conmigo. *(Vase Sabel, después de poner el frasco en su sitio, y arreglar y ordenar los demás botecillos y cajas de drogas.)*

PEDRO

No. ¿Pero qué hago yo aquí?

OCTAVIA (*con reproche*).

Estar á mi lado.

PEDRO (*con tristeza*).

Si ya no soy nada para ti.

OCTAVIA

Ven acá. No me disgustes.

PEDRO

¿Qué quieres?

OCTAVIA (*asiéndole las manos*).

¡Estas manos, estas manos queridas, no deben cerrar mis ojos! (*Con resignación*). Pedro, si ha de separarnos la muerte, separémonos nosotros...

PEDRO

No llores, Octavia. ¡Deseas que me vaya, me iré!

OCTAVIA (*despavorida*).

¡Irte! ¿Pero es verdad que me muero? ¿Tú también crées que me muero?

PEDRO

No, Octavia, no.

OCTAVIA

Me sobra valor para saberlo todo. ¡Es preciso que lo sepa!

PEDRO

En cuanto salgamos de Madrid, verás qué buena te pones.

OCTAVIA

Puede ser que me engañes; pero, la verdad, yo me encuentro hoy mejor que nunca. Mira, dame de encima del velador *La Moda Francesa*. Trae dos trajes de playa elegantísimos. Y de poco dinero, no creas. Ya verás. ¿Te parece que me encargue uno? El que á ti te guste más. Cuál te gusta más, ¿este?

PEDRO

Y el otro; te encargas los dos.

OCTAVIA *(conriendo)*.

Bueno; uno me lo regalas tú. Siéntate aquí á mi lado. (*Pedro se sienta. Suena la campanilla.*)

PEDRO

Llaman.

OCTAVIA (*contrariada*).

Debe ser mamá.

PEDRO (*tristemente*).

¿Ves cómo no puedo estar á tu lado? (*Medio mutis.*)

OCTAVIA (*llamándole*).

¡Pedro! Dime que es para ti una pena muy grande.

PEDRO (*con tristeza*).

¡Tú no lo sabes! (*Acercándose á Octavia, y besándola con pasión.*) ¡Adiós! ¡Adiós!

OCTAVIA (*viéndole salir*).

¡Mi vida! (*Pedro sale por el foro. Octavia permanece breves momentos llorando, cubiertos los ojos con un pañuelo.*)

ESCENA III

Octavia.—Sabel.

OCTAVIA (*á Sabel, que entra por la derecha*).

¿Y mamá?

SABEL (*con misterio*).

No era la señora.

OCTAVIA

¿Quién era?

SABEL

El Padre Rojas, que quiere hablar con el señorito.

OCTAVIA (*apenada*).

¿No le ha recibido?

SABEL

Sí, señora.

OCTAVIA

¿Por qué no pasa?

SABEL

Están en la sala.

OCTAVIA

¡Ay! Me temo que Pedro haga cualquier locura. Dile que venga aquí, que le llamo yo...

SABEL (*haciendo medio mutis*).

A usted, malo si se le dicen las cosas; peor si no se le dicen.

OCTAVIA

Dame el rosario, de allí, de encima del velador. (*Sabel le da el rosario, y vase por la derecha.*)

OCTAVIA (*besando la cruz del rosario*).

¡No me abandones, Señor! ¡Ilumíname, Señor! ¡Préstame fuerzas, Señor!

ESCENA IV

Octavia.- Doña Soledad.

DOÑA SOLEDAD *(por la derecha).*

¿Qué tal, hija mía?

OCTAVIA

Bien. ¿No traes á la niña?

DOÑA SOLEDAD

Se la llevó Juan Manuel; pero ya la verás, no te disgustes.

OCTAVIA

¿Por qué se la dejaste?

DOÑA SOLEDAD

Porque es su padre.

OCTAVIA

¡Ya no te veré más, hija de mi alma!

DOÑA SOLEDAD

Sí la verás.

OCTAVIA

Tú no sabes que ese hombre me aborrece, tiene que aborrecerme; y aun cuando solamente sea por hacerme sufrir...

DOÑA SOLEDAD

Juan Manuel no te aborrece. Yo misma le he contado que había estado aquí con su hija.

OCTAVIA

¡Tú!...

DOÑA SOLEDAD

Sí, yo.

OCTAVIA

¿Y él qué ha dicho?

DOÑA SOLEDAD

¡Ese hombre es un santo! ¡Te ha compadecido! ¡Ha llorado por ti. (*Pausa.*) ¡Juan Manuel te perdona!

OCTAVIA

No es él quien tiene más que perdonar.

DOÑA SOLEDAD

¿Es posible Octavia que estés tan ciega, que hayas caído tan bajo, que ni te conmueva ni agradezcas el perdón de tu marido, de un hombre á quien tanto ofendiste?

OCTAVIA

¿Por qué me habéis casado con ese hombre sin hacer caso de mis lágrimas, sin oir mis súplicas? ¡Pero no quiero recordar, no quiero!

DOÑA SOLEDAD

Juan Manuel era el marido que te convenía. Tú has hecho su desgracia.

OCTAVIA

¡Que me hubiera matado!

DOÑA SOLEDAD

Esas son locuras, hija mía.

OCTAVIA

Si fuese un santo, como tú dices, no trataría de ensombrecer mi falta, para que su generosidad aparezca más grande.

ESCENA V

Octavia.—Doña Soledad.—Sabel.

SABEL *(por la derecha)*.

Señorita, que usted le dispense, pero que ahora no puede venir.

OCTAVIA

¡Dios mío! ¿Le has dicho que yo me sentía muy mal?

SABEL

No, señora...

OCTAVIA

Pues ve á decírselo.

DOÑA SOLEDAD

¿Hablas de ese?... ¿Con quién está? Al subir le he oído vocear como un loco.

OCTAVIA

¡Ves, Sabel! ¡Lo que yo me temía! *(Vase Sabel.)*

DOÑA SOLEDAD

Pero, ¿con quién está?

OCTAVIA

¡Con el Padre Rojas!

DOÑA SOLEDAD

¡Válgame Dios! ¡Válgame Dios! ¿Y todavía no te convencerás de que esta vida es imposible, hija mía? Mira, vengo resuelta á llevarte...

OCTAVIA

Ahora te pido que no me hables de eso, mamá.

DOÑA SOLEDAD

Bueno, no te hablaré; pero tú debes irte acostumbrando poco á poco á la idea de abandonar todo esto...

OCTAVIA

¡Fuí tan feliz aquí!

SABEL *(por la derecha).*

Señorita, han cerrado la puerta de la sala. Yo no me atrevo á llamar.

OCTAVIA

¿Hablan muy alto?

SABEL

Ahora no, señora.

DOÑA SOLEDAD

A ver si puedes coger alguna palabra... *(Vase Sabel.)*

ESCENA VI

Octavia.— Doña Soledad.

OCTAVIA (*estremeciéndose*).

¡Qué daño me hacen estas cosas!

DOÑA SOLEDAD

¡Bueno es que empieces á conocerlo, hija mía! Lo primero es tu salud, y aquí de ninguna manera puedes recobrarla. Si Dios Nuestro Señor no fuese servido de darte la salud del cuerpo, que te conceda la del alma, hija mía, que es la más importante.

OCTAVIA (*animándose*).

Si me hallo muy bien.

DOÑA SOLEDAD (*incrédula*).

¡Ojalá! Pero, créeme á mí, debías ir pensando en disponer bien tus cosas...

OCTAVIA (*cogiendo* «La Moda»).

Naturalmente. A ver qué te parecen estos vestidos que voy á encargarme.

DOÑA SOLEDAD (*sin mirarlos*).

Sí, muy bonitos. Pero todo eso son vanidades...

OCTAVIA (*disgustada*).

¿Quieres que ande hecha una máscara?

DOÑA SOLEDAD

No; pero me apena ver que te preocupan esas pequeñeces cuando la salud de tu alma...

OCTAVIA (*sonriendo*).

¡Pobre mamá! ¡Tú me crees muy enferma!

DOÑA SOLEDAD (*con desaliento*).

No, hija.

OCTAVIA (*muy confiada*).

Pregúntale á Don José; verás cómo te dice que esto no es nada.

DOÑA SOLEDAD (*con un suspiro*).

¡Yo en los médicos tengo tan poca confianza!

OCTAVIA (*comprendiendo de pronto y abrazándose á su madre*).

¡Mamá de mi alma! Dime la verdad: ¿Tu no tienes esperanzas?

DOÑA SOLEDAD (*besando á su hija*).

La esperanza es un consuelo, hija querida. Perdóname la pena que te causa. Te quiero mucho, ¡como se quiere á los hijos! ¿Pero cómo he de ver impasible que tu alma se condene? ¡No, Octavia! ¡No!

OCTAVIA (*con desesperación*).

¡Pero yo no me muero!

DOÑA SOLEDAD (*llorando*).

¡Sí, hija mía! ¡Sí!

OCTAVIA (*suplicante*).

¡Mamá de mi alma, dime que no!

DOÑA SOLEDAD (*con cristiana entereza*).

No puedo decírtelo, hija querida. Es necesario que te arrepientas.

OCTAVIA

¿De qué he de arrepentirme?

DOÑA SOLEDAD (*sin oirla*).

Que pidas perdón á tu marido.

OCTAVIA

¿Y Pedro?

DOÑA SOLEDAD

Tienes que olvidarle.

OCTAVIA

¡No puedo!...

DOÑA SOLEDAD

Sí puedes. Confía en la bondad de Dios. Dí ahora conmigo: ¡Santísimo Señor!...

OCTAVIA (*estremeciéndose*).

¡Qué frío!

DOÑA SOLEDAD (*solícita*).

¿Te sientes mal?

OCTAVIA

¡No! ¡No!... (*Estrecha el rosario entre sus dedos pálidos; reza en silencio y besa la cruz con gran fervor. Doña Soledad la contempla con ternura y pena.*)

DOÑA SOLEDAD

Perdóname si fuí cruel...

OCTAVIA

Tú eres quien tiene que perdonarme, mamá. ¡Has sufrido tanto por mi causa! (*Le besa las manos.*)

DOÑA SOLEDAD

¡No lo sabes bien! A mis años semejante disgusto... (*Fuera suenan voces.*) ¡Calla! ¿No oyes? ¿Qué es eso? ¿No oyes?

OCTAVIA

¡Pedro! ¡Pedro!

DOÑA SOLEDAD

¡Es con el Padre Rojas! ¡Le echa de casa, Octavia!

ESCENA VII

Octavia.—Doña Soledad.—Sabel.

OCTAVIA

¿Pero echó de casa al Padre Rojas?

SABEL

Verá usted de qué manera pasaron las cosas. Va el señorito, agarra la puerta, la abre y le dice al Padre Rojas, con una voz que no parecía suya: «Por aquí se va á la calle.» (*Octavia sofoca un grito.*)

DOÑA SOLEDAD (*volviéndose á su hija*).

¿Le defenderás todavía?

SABEL

Cerró de un portazo y se metió en la sala; luego, no sé qué repente le vino, que agarra el sombrero y sale gritando: «¡Padre Rojas! ¡Padre Rojas!» Parecía loco talmente.

DOÑA SOLEDAD

Y lo está. Esas cosas no se me diga que son de persona cuerda.

OCTAVIA

¡Llamarle!

DOÑA SOLEDAD

Octavia, no hay que perder un momento. Sabel, que avise un coche.

Tú te vienes ahora mismo conmigo. (*Octavia llora en silencio, y deja hacer á Doña Soledad y á Sabel.*) ¿Lloras porque dentro de un momento abrazarás á tu hija? ¿Cuando vas á verla, lloras? ¡Vamos, hija, no te pongas así!

OCTAVIA

Mi casa querida, ¿cuándo volveré á verte? ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Mi casita querida, donde he sido tan feliz! ¡Otra mujer vendrá á ocupar mi sitio; y yo me estaré muriendo lejos de aquí, lejos de todo esto que fué tan mío!... (*Abrazándose á los muebles y besándolos.*) ¡Mi casa! ¡Mi casita querida!

DOÑA SOLEDAD (*esforzándose en aparecer serena, se vuelve á Sabel entre llorosa y brusca*).

Mira, ve á buscar el coche. ¿Dónde tiene la señorita un abrigo? (*Sabel se dirige á la puerta de la derecha. Doña Soledad entra en la alcoba; entonces Sabel vuelve, furtiva y apresuradamente, al lado de Octavia.*)

SABEL

Usted no se va; yo no aviso el coche. Sacarla á usted de aquí, es peor que matarla. (*Secando las lágrimas de Octavia*). Y no llore, no llore.

OCTAVIA

¡Tengo que irme, Sabel! ¡Tengo que irme! (*Con un grito desesperado*). ¡Ya sé que me muero! Tú y Pedro me habéis estado engañando. Era porque me queríais; pero si no hubiera sido por la pobre mamá, quizás habría muerto en pecado mortal. ¡A mamá tengo que agradecérselo, á ella sola!

DOÑA SOLEDAD (*que sale de la alcoba con el abrigo de Octavia. Dirigiéndose á Sabel*).

¿Ya estás tú de vuelta? ¿Cómo es eso? (*Le pone el abrigo á Octavia.*) Vamos, hija, vamos.

OCTAVIA (*con serenidad forzada.—Desfallecida de pronto*).

¡Dame fuerzas, Dios mío!

SABEL

¿No ve usted que es matarla?

DOÑA SOLEDAD (*con imperio*).

Tú callas ahora... (*Se dirigen á la puerta de la derecha, para salir.*)

OCTAVIA (*se desprende de su madre y de Sabel, que la sostienen*).

¡Dejadme! ¡Dejadme! ¡No os pido más que un instante. (*De un* «secretaire» *saca un manojo de cartas, atadas con una cinta de seda.*) ¡Cartas queridas! ¡Adiós, Sabel! ¿Tú irás á verme alguna vez?...

SABEL

¡Alguna vez! ¡Yo me voy ahora con usted, señorita de mi alma! (*Suena la campanilla.*)

OCTAVIA

Es él! (*Sabel sale presurosa por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VIII

Octavia.—Doña Soledad.

DOÑA SOLEDAD (*llamando á Sabel*).

No abras!...

OCTAVIA

¡Es él! ¡Es él!

DOÑA SOLEDAD (*severa*).

¿Te alegras?

OCTAVIA (*angustiada*).

¡No sé! (*Se sienten pasos: Octavia corre hacia la puerta*). ¡Pedro! ¡Pedro!...

ESCENA IX

Octavia.—Doña Soledad.—El Padre Rojas.

EL PADRE ROJAS (*jovial y bondadoso*).

¡Calma! ¡Calma, señoras mías! Ese caballero no está aquí. Ahora queda en mi celda. Dios Nuestro Señor le ha tocado en el corazón.

DOÑA SOLEDAD (*juntando las manos*).

¡¡¡Qué dice usted!!!

OCTAVIA (*con melancolía*).

¡Ya no le veré!

EL PADRE ROJAS (*grave*).

Ya no, hija.

OCTAVIA

¡Creí que me quería más! ¡Abandonarme así! ¡Ingrato! ¡Ingrato!

DOÑA SOLEDAD

¡Por Dios, Octavia! (*Al Padre Rojas*). Hace un momento era ella la primera en lamentar su extravío, en llorarlo. Cuando usted llegó nos disponíamos á salir; me la llevaba á mi casa. ¡Estaba convencida, resuelta!

OCTAVIA

Tenía una esperanza que ahora no tengo. ¡Esperaba que Pedro no se resignase á perderme!

DOÑA SOLEDAD (*severa*).

¡Octavia!

OCTAVIA

Yo, al salir de aquí, renunciaba á su amor, es verdad; pero él debía buscarme, correr á mi lado, y si le cerrabais las puertas echarlas abajo, y no separarse de mí nunca, nunca...

DOÑA SOLEDAD

¡Octavia¡ ¡Octavia!

EL PADRE ROJAS

Déjela usted que desahogue su pena. Ese amor tan grande, que á nosotros casi nos asusta, quizá le sirva de disculpa á los ojos de Dios.

OCTAVIA (*ansiosa*).

Padre, ¿crée usted que Dios me perdonará?

EL PADRE ROJAS (*solemne*).

¡La bondad de Dios no tiene límites! (*con dulzura.*) Dentro de algunos momentos, hija mía, recibirás una visita, que espero sea para tu conciencia atormentada, bálsamo de dulcísimo consuelo.

OCTAVIA

Padre, ¿habla usted de Juan Manuel?

EL PADRE ROJAS

Sí.

OCTAVIA

¡Yo no quiero verle, Padre! ¡Líbreme usted de ese tormento!

DOÑA SOLEDAD (*con reproche*).

¡Octavia!

EL PADRE ROJAS

Ahora, usted debe procurar despojarse de todo sentimiento mundano, purificar su espíritu con la oración; para un alma sinceramente cristiana, no hay consuelo tan grande como saber que sus culpas le han sido perdonadas por Dios y por los hombres. ¿Usted lo siente así, verdad, hija mía? (*Octavia solloza.*)

OCTAVIA

¡Déjenme ustedes llorar, porque si no lloro me muero! (*Se arroja sollozando en la* «chaise-longue». *El Padre Rojas hace seña á Doña Soledad de que la deje. Ambos se alejan en silencio. Doña Soledad recoge las cartas que Octavia ha dejado caer, y se las enseña al Padre Rojas. Hablando en voz baja se acercan á la chimenea. Se sientan frente á frente; proceden á quemar las cartas, graves, silenciosos, casi solemnes. Octavia vuel-*

ve los ojos y los ve. Quiere incorporarse, y no puede. El Padre Rojas y Doña Soledad van quemando las cartas una á una, sin ver á Octavia, que, fijos los ojos en el fuego, agoniza lentamente. Oscila fúnebremente la luz de la bujía que alumbra la escena. Al espirar Octavia se apaga la luz. Doña Soledad repara en unas cartas que el Padre Rojas saca de sus sobres para que se quemen mejor.

DOÑA SOLEDAD

¡Esa letra es mía! (*Al decir esto, el Padre Rojas arroja las cartas en la chimenea. Doña Soledad mete las manos en el fuego y las coje. Leyéndolas.*) ¡Son las cartas que yo la escribía cuando estaba en el Sagrado Corazón! ¡Hija de mi alma, las conservaba! (*Vuelve la cabeza y ve á Octavia, muerta.*) ¡Octavia! ¡Octavia! ¡Hija mía querida! (*Se abraza al cadáver.*)

ESCENA ÚLTIMA

Doña Soledad.—El Padre Rojas.—Don Juan Manuel.

DON JUAN MANUEL (*un anciano de barba blanca y solemne*).

¡Muerta!

EL PADRE ROJAS

¡Muerta sin el perdón de usted, que tanto ambicionaba la infeliz!

DON JUAN MANUEL

¡Padre, usted me enseñó á perdonar, y yo la había perdonado hace mucho tiempo.

(FIN DEL DRAMA)

A JACINTO
BENAVENTE
EN PRENDA DE AMISTAD
VALLE-INCLAN

LS.
V1825
ce

186250

Author Valle-Inclán, Ramon del

Title Cenizas, drama en tres actos.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU